
«Estar-enamorado»: base experiencial para la «civilización del amor»

Mario Gutiérrez Jaramillo, S.I.*

RESUMEN

El papa Juan Pablo II en su Carta Apostólica Tertio Millennio Adveniente insinúa para el presente año el resaltar con especial cuidado la virtud teologal de la caridad en todos sus aspectos. La presente reflexión pretende hacer eco a esa sugerencia pontificia. Se parte de una situación en el mundo de «iniquidad» (anomía) en que estamos inmersos para ofrecer una iluminación desde la revelación del amor (agapé) y la posición de Bernard Lonergan en su obra Método en teología: el «estar-enamorado» sin restricciones como fuente de la experiencia religiosa hasta sus últimas consecuencias. De esta manera se ofrece una motivación para el compromiso de construir la «civilización del amor.»

Nos encontramos en el tercero y último de los años de seria preparación para el jubileo del año 2000 y ante la inminencia del inicio del tercer milenio de nuestra era cristiana.

El misterio de amor trinitario, desbordante y salvífico, ha sido la referencia fundamental de fe. En este año nuestra atención se dirige, a instancias del papa Juan Pablo II, a nuestro Padre del cielo «que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (Mt. 5,45) y que fue la santa «obsesión» del mismo Jesús. En medio de las numerosas vicisitudes de un mundo veloz y globalizado

* Licenciado en Filosofía y en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá. Doctor en Teología, Universidad Gregoriana, Roma.

resulta verdaderamente reconfortante acogernos al cariño del Padre que nos acepta a todos con igual ternura y readmite en su casa a los hijos pródigos en medio de la fiesta, manifestación de la alegría por el retorno (cfr., Lc. 15,11-32).

En relación íntima con esta vivencia de la paternidad divina se comprende muy bien la insinuación de resaltar con especial cuidado la virtud teologal de la caridad, en su doble faceta de amor a Dios y a los hermanos y siempre ante la afirmación sintética y plena de la primera Carta de Juan: «Dios es amor.» (4,8.16)¹

La presente reflexión quiere ahondar un tanto en la realidad del amor. Somos conscientes de encontrarnos con un tema de tal envergadura que cualquiera se siente muy pequeño e inhábil y experimenta una especie de desánimo, pues es tanto lo que se pudiera expresar, que de todos modos el discurso que se alcanza a lograr abarcará muy poco. En efecto, el amor contiene toda la inefable riqueza de la experiencia cristiana con sus incontables matices.

En consecuencia, intentaremos acercarnos a la realidad del amor cristiano, motivados por una situación de total desamor en un egoísmo e individualismo que carcomen las bases de una sociedad que ha de ser solidaria y fraterna. El llamado a construir la «civilización del amor» resuena siempre actual y siempre urgente.

UN MUNDO DE «INIQUIDAD» (ANOMÍA)²

El misterio de la «iniquidad» (*anomía*) presente en el mundo es siempre un signo comprometedor para la *koinonía* eclesial que ha de insertarse en la sociedad de todos los tiempos con una *diakonía* efectiva por el Reino de justicia, de amor y de paz, para inundar con el «evangelio de la esperanza» tantos espacios en los que el egoísmo ha establecido su imperio.

Vivimos en un mundo violento en el que han anidado el egoísmo, el derroche, la explotación y los desatinos morales de toda especie. Es un mundo irreconciliado

1. Cfr., JUAN PABLO II, *Carta Apostólica Tertio Millennio Adveniente*, Paulinas, Santafé de Bogotá, 1995, No. 40s.

2. El padre Pedro Arrupe, S. J. en su conferencia «Arrraigados y cimentados en la caridad», en la clausura del Curso Ignaciano del Centro Ignaciano de Espiritualidad (CIS), Roma, 6 de febrero de 1981, presentaba la contraposición entre «agapé» y «anomía», como marco para entender todo el alcance del amor de Cristo, vivido en el seguimiento dentro del esquema dramático del mundo contemporáneo. El marco de referencia es neotestamentario; es el texto de Mt. 24,12, en el contexto del discurso escatológico: «Y al crecer cada vez más la iniquidad (anomía), la caridad (agapé) de la mayoría se enfriará.» (Cfr., *La Iglesia de hoy y del futuro*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1982, p. 760).

y dividido, en el que se ha implantado con crueldad y total inhumanidad el criterio exclusivo del provecho individual dentro del sistema mundial de mercado. En esta ideología y práctica neoliberal se ha extendido el «monoteísmo del dinero» y el «mito del crecimiento económico» ha invadido todas las esferas humanas: la vida privada, el trabajo, la vida política, etc. El dinero, en pocas palabras, se ha convertido en depositario de un valor que garantiza la satisfacción de las necesidades futuras, y también en depositario de sentido. A él se sacrifican todos los demás valores, no sólo en la esfera privada, sino en otras, incluidas, la paz mundial y la dignidad y vida de millones de empobrecidos que luchan por sobrevivir en este planeta. La economía de mercado se constituye en un «orden» necrófilo que ultraja a la mayoría de los contemporáneos.

Este nuestro contexto de *anomía* es el de un mundo dependiente de otros países y de sus ideologías propias. Es una sujeción que nos inmoviliza y obstaculiza nuestro propio progreso. Es un irrespeto a nuestra cultura, nuestros principios, nuestra soberanía, nuestra identidad y nuestros recursos naturales. La explotación de múltiples maneras y la ayuda no desinteresada para vencer las barreras de nuestro subdesarrollo constituyen una prueba clara de que se ha perdido el sentido de familia universal y el de crecer juntos en fraternidad. La carrera armamentista hace estremecer profundamente; no cesa la fabricación de instrumentos letales y permanece la ambigüedad de confundir el derecho a la defensa nacional con las ambiciones de ganancias ilícitas. En este horizonte egoísta no aparecen las condiciones aptas para la construcción de la paz en el verdadero amor del Padre.

Podríamos seguir acrecentando los datos de nuestro contexto de anomía y siempre llegaríamos a idéntica constatación de injusticia y de falta de equidad en todos los campos.³ Este conjunto de circunstancias es un llamado claro y urgente

3. Bernard Lonergan al finalizar su descripción de la estructuración del bien humano nos advierte que ésta es compatible con cualquier grado de desarrollo tecnológico, económico político, cultural o religioso. Ahora bien, como ocurre en los individuos también las sociedades sufren sus decadencias. En consecuencia habrá también progreso social y decadencia social. En este esquema se entenderá la función social de la religión. El progreso procede de los valores originantes que son los mismos sujetos mediante la observancia de los preceptos fundamentales: sé atento, sé inteligente, sé razonable, sé responsable. Pero los preceptos pueden violarse y entonces viene la decadencia o aberración y el egoísmo entra en conflicto con el bien de orden, el cual se deteriora y reina la injusticia. Es un egoísmo de grupo además del individual. Se da una civilización que va a la muerte. En tal situación una religión que promueva la autotranscendencia no sólo en la justicia, sino también en el amor que se sacrifica a sí mismo tendrá una función redentora en la sociedad humana, en cuanto que tal amor puede deshacer el daño de la decadencia y restaurar el proceso acumulativo del progreso (cfr.,

a vivir un amor incondicional en la mística de un cristianismo vivo con la capacidad y energía para volver a vincular a los hombres y mujeres de nuestra generación con un sentido de solidaridad construyan el hogar común de la humanidad.⁴

EL AMOR (AGAPÉ) REVELADO

La religión del Antiguo Testamento se ha considerado hasta hace algún tiempo como una religión de temor y de distancia entre el hombre y Dios. Como fruto de una profundización en el contenido teológico de los textos bíblicos se ha llegado a ver con claridad que todos ellos de una o de otra manera, directa o indirectamente, nos están ofreciendo una proclamación insistente del amor de Dios a los hombres. En consecuencia, el amor especial de Dios (*agapé*) es el motivo fundamental de todo el mensaje bíblico desde el *Génesis* hasta el *Apocalipsis*. Cada página de la Escritura nos habla de diferentes maneras de ese amor extraordinario.⁵

En la Escritura veterotestamentaria ocupa un lugar de primer orden y desempeña un papel decisivo el amor bajo la forma de bondad (*hesed*), cuya etimología es bastante incierta y no indica una dirección concreta; es suficientemente seguro que el término se basa en unas relaciones interhumanas de reciprocidad en un grupo humano sociológicamente estable; es la postura y la conducta de los miembros de un grupo que le dan a éste su cohesión. Ahora bien, no se indica nada en relación con las características de tal grupo. Actualmente el significado de *hesed* no se identifica con el de una bondad y una benevolencia espontáneas y sin motivo, sino con el de una forma de conducta que resulta de una relación vital determinada y regulada por derechos y obligaciones, como la relación entre marido y mujer, padres e hijos, rey y súbditos. Si se aplica directamente a Dios significaría el amor basado en la alianza; sería secundario el sentido de *hesed* como bondad y

Método en teología, Sígueme, Salamanca, 1988, pp. 57-60. Original inglés: pp. 52-55. En adelante indicaremos entre corchetes las páginas del original inglés. No es que nuestra sociedad sea de total decadencia. También hay realizaciones de progreso en el amor verdadero. Ha habido y hay pruebas de amor evangélico hasta el heroísmo.

4. Es la construcción del medio divino, que reúne y armoniza en sí las cualidades que nos parecen ser más contrarias (cfr., TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *El medio divino. Ensayo de vida interior*, Taurus, Madrid, 1959, p. 116).

5. No quiere decir que se excluyan o se ignoren en la Biblia el sexo y el eros (verdadera amistad, amor natural). La sexualidad sana es un don del Creador y lo es así mismo la verdadera amistad. Hasta llegar a la afirmación culminante de Efesios 5,32 de que en el matrimonio se realiza el gran misterio, que tiene su fundamento y prototipo en la unión esponsal entre Cristo y la Iglesia.

benevolencia generosa.⁶ El sentido primigenio es el de una fidelidad recíproca, que ciertamente presupone una relación vital entre las partes interesadas y dentro de un contexto común (*comuni3n*). Es capital la direcci3n que parte de la persona que demuestra esta fidelidad, pero siempre hay reciprocidad.

Pero m1s all1 de indicar simple reciprocidad *hesed* indica, en los textos narrativos antiguos, una bondad y benevolencia inesperadas y sorprendentes, en total apertura y disponibilidad para el «otro». Podemos afirmar que *hesed* es un lenguaje muy preciso para expresar la actitud de Dios para con el hombre y la respuesta personal humana. Unido a *'emet* afirma la bondad y la fidelidad divina en una misericordia que llega hasta la mil1sima generaci3n; sobreabundancia de la gracia mucho mayor que el castigo que merece la maldad. Esta bondad y fidelidad se invocan en la oraci3n. El *hesed* unido a *rahamim*, neutro plural de *rehem*, seno materno, indica todo el amor maternal pleno de cari3n y emoci3n de una madre para con su hijo, unido a una honda compasi3n. Es el amor maternal de Dios delicado y vulnerable. Yahv3h espera tambi3n el *hesed* agradecido de parte de Israel de lo que el Se3or ha hecho. Esta reciprocidad es un don gratuito de Dios que parece consistir en el *hesed* y la *'emet* con que se trata al pr3jimo, al compatriota. Es llamativo que el *hesed* de Dios precede siempre a la respuesta del hombre y que raras veces el *hesed* y la *'emet* se apliquen a la relaci3n del hombre con Dios. La respuesta humana a la gracia y a la fidelidad de Dios consiste en: la alabanza doxol3gica a Dios por su *hesed* y su *'emet* y por otro lado en el amor, la verdad y la veracidad para con el pr3jimo. Si las personas quieren vivir en el amor benevolente de Dios, deben estar dispuestas a darse mutuamente muestras de *hesed*. En otras palabras, el amor que Dios nos tiene es el fundamento de nuestro amor al otro, al pr3jimo. Es el amor que implica la justicia (*sedaqah*) y de ah3 se llega a la salvaci3n y la paz, a una vida sin impedimentos y disminuci3n en el seno de la comunidad. Finalmente se anota la estrecha relaci3n entre *hesed* y *berit* (alianza): es un amor de alianza, que tiene como apoyo basilar el juramento hecho por Yahv3h a los patriarcas y encuentra su realizaci3n plena s3lo en la reciprocidad. La paz que incluye *hesed* y *'emet* implica la sincera conversi3n de Israel a Dios, que se realiza en la nueva alianza. La 1ltima y suprema posibilidad del *hesed* divino abre a una perspectiva que va m1s all1 de la muerte.

6. Como indicaremos m1s adelante el sentido de bondad y benevolencia se adquiere en la uni3n de *hesed* con otros t1rminos: *rahamim*, *'emet*.

Esta gracia sobreabundante de Dios, su fidelidad y lealtad ocupan una posición central en la espiritualidad de Israel. Se subraya la prioridad de la iniciativa amorosa de Dios y su soberana libertad que es la del amor. Es el Dios siempre dispuesto a ayudar y a conceder todo tipo de salvación, con una solicitud amorosa que supera definitivamente toda situación límite.⁷

Ahora bien, es en la encarnación y obra salvadora de Jesús en donde se realiza un cumplimiento insospechado de todo lo que Dios había prometido en la antigua economía de salvación. Las expresiones veterotestamentarias sobre el amor adquieren su sentido propio.

Resuena en los Evangelios la afirmación del amor paternal que Dios despliega con todas sus criaturas (Mt. 5,45; 6,8.25-32; 7,11...), a través de una misericordia generosa en el perdón (Mc. 5,19; 11,25; Lc. 1,50.54.72⁸, 78). Este mismo sentido es comunicado en las parábolas, como la de la oveja perdida (Mt. 18,12-14) o la del padre que acoge de nuevo al hijo pródigo (Lc. 15,11-32). Este amor de Dios salvador se nos descubre en la encarnación humanizadora de Jesús, el Hijo «amado» (Mc. 1,11 y par.); Él manifiesta un amor misericordioso a los pecadores y que sufren un castigo por sus pecados (Mc. 1,41; 2,17), pero al mismo tiempo exige una entrega total al amor incondicional de Dios y del prójimo (Mc. 12,28-31 y par.). Este amor que en el fondo es uno solo se ha de concretar en el seguimiento de Cristo con la cruz (Mc. 8,34s. y par.), en el padecer por Él o por la justicia (Mt. 5,10; Mc. 13,13 y par.), en el perdón fraternal (Mt. 18,35) y en el amor a los enemigos (Lc. 6,35) que es exigencia peculiar del cristianismo (cfr., Mt. 5,38-45).

La revelación del amor inigualable de Dios (*agapé*) en la existencia y el mensaje inauditos de Cristo llega a su clímax neotestamentario en Pablo y en Juan. No quisiéramos dar por sabidos todos los matices de esta maravillosa manifestación.

Efectivamente para Pablo y para Juan el amor es un predicado englobante de la realidad divina que quiere sintetizar la totalidad de la historia de Dios con la

7. Cfr., SCHILLEBEECKX, EDWARD, *Cristo y los cristianos*, Cristiandad, Madrid, 1982, pp. 85-93. El autor también estudia el término *hanan* y su principal derivado *hen*. Su sentido es el de condescendencia benévola de Dios, preocupado por los hombres, solícito y solidario con los débiles y oprimidos, con los que sufren necesidad (cfr., *ibid.* 78-85).

8. Aquí, en Lc. 1,72, hay una alusión clara a la fidelidad a la alianza. Se expresa con la palabra *eleos* equivalente de *hesed*.

humanidad (2 Co. 13,11; 1 Jn 4,8.16).⁹ De esta afirmación central Pablo hace la ilación inmediata: «No perdonó ni a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros» (Rm. 8,32), enviándolo «en una carne semejante a la del pecado» (Rm. 8,3), «haciéndose él mismo maldición por nosotros» (Ga. 3,13) e incluso «pecado» (2 Co. 5,21) para liberarnos del pecado. Es el amor que están llamados a vivir sus seguidores en la realización genuina del bautismo: padecer con Él (Rm. 8,17); ser crucificados con Él (Rm. 6,6); morir con Él (2 Tm. 2,11), para resucitar con Él (Col. 2,12) y ser glorificados con Él (Rm. 8,17). En pocas palabras: es una comunión de vida que realiza la *agapé*; el seguidor vive la propia vida y el propio amor de Dios. Este poder hacer nuestro el amor de Dios, amar como Él a todos y a todo es la *novedad radical* del mensaje cristiano.

¿Cuál es el sentido del nuevo mandamiento de Jesús?¹⁰ Es una motivación clara: sólo podemos amar en el sentido del mandamiento nuevo si hacemos nuestro el amor de Jesús, como Él hizo suyo el amor del Padre (Jn. 15,9s.12; cfr., 17,21-23.26). ¿Por qué podemos amar así? Porque Dios nos ha precedido en el amor (1 Jn. 4,10.19).¹¹

Para Pablo la posibilidad de esta comunión de amor se da «porque el amor (*agapé*) de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm. 5,5). Es un amor pneumático en cuanto creado en nuestro corazón (nuestro *pneuma*) por el *pneuma* de Dios.

La *agapé* se hace verdaderamente nuestro amor por el hecho de nuestra acogida (2 Ts. 2,10); toma forma en nosotros, en cierto modo se encarna (cfr., Ga. 4,19). Es fruto de una decisión libre de nuestra parte y se ha de convertir en vida y acción a la manera de Cristo (1 Jn. 3,17s) en sacrificio (Flp. 2,17; Ef. 5,2; Jn. 15,13)

9. 2 Co. 13,11: «Por lo demás, hermanos, alegraos; sed perfectos; animaos; tened un mismo sentir; vivid en paz, y el Dios de la caridad y de la paz (*o Theos tes agapes kai eirenes*) estará con vosotros.» 1 Jn. 4,8: «Quien no ama (*agapon*) no ha conocido a Dios, porque Dios es amor (*o Theos agapé estin*).» 1 Jn. 4,16: «Y nosotros hemos conocido el amor (*ten agapen*) que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es amor (*o Theos agapé estin*) y quien permanece en el amor (*en te agapé*) permanece en Dios y Dios en él.»

10. Jn. 13,34: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis (*agapate*) los unos a los otros. Que, como (*kathos*) yo os he amado (*egapesa*) así os améis (*agapate*) también vosotros los unos a los otros.»

11. 1 Jn. 4,10: «En esto consiste el amor (*agapé*): no en que nosotros hayamos amado (*egapesamen*) a Dios, sino en que él nos amó (*egapesen*) y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados.» 1 Jn. 4,19: «Nosotros amemos (*agapomen*), porque Él nos amó (*egapesen*) primero.»

y en servicio (*diakonía*) (Mc. 10,43-45 par.; Rm. 12,7-11; 2 Co. 9,1.6-15) y de modo especial en la paciencia para soportar a otros (Ef. 4,2) y en el perdón sincero (Ef. 4,32; Col 3,13). La dignidad y carácter absoluto de este amor le vienen de ser una participación muy íntima en el amor creador y redentor de Dios: comunión en los padecimientos de Cristo (Flp. 3,10), en su paciencia (2 Ts. 3,5); nuestros sufrimientos ya no carecen de sentido, sino que como sufrimientos de Cristo (2 Co. 1,5-7) producen frutos de gloria futura (Rm. 8,18) e incluso para toda la Iglesia (Col.1,24).

Las consecuencias de la *agapé* de Dios en la vivencia cristiana concreta, que hemos venido anotando, nos confirman en la *íntima relación entre amor a Dios y amor al prójimo*. Ya se insinuaba en el Antiguo Testamento (cfr., Dt. 10,17-20), pero su razón última aparece en el Nuevo: Si Dios ama a todos los hombres y mujeres y nosotros hemos de amar con su amor, también debemos amarnos sin reservas ni egoísmos (Mt. 5,44s; Rm. 14,15; 15,7; 1 Jn. 3,16; 4,11s.19-21); por ser «queridos de Dios» (1 Ts. 1,4), incluidos todos en su *agapé*, somos «prójimos» (Lc. 10,29-37), «hermanos queridos» (Flp. 4,1), unos para otros.

La *agapé* tiene su origen en la hondura divina y por este motivo sus dimensiones son de amplitud ilimitada y su apertura es universal, más allá de las fronteras del pueblo de Israel. Viene de Dios (1 Jn. 4,7) y está libre de todo egoísmo (Flp. 2,4). Por estos motivos posee una fuerza liberadora y recreadora que hace amable al indigente y convierte en hermano al enemigo. Es divina pero con profundo calor humano (Tt. 3,4). Es la única que llega al prójimo en su verdadero «tú», sin reducirlo a cosa.

En consecuencia la *agapé* crea una auténtica *comunidad*: profunda unión de existencia y destino en realización sin obstáculos de la libertad. La *Iglesia* es, en su constitutivo más íntimo, la comunidad de *agapé*, unida a Cristo como esposa (Ef. 5,25s.). Es un «Cuerpo» de cuya plenitud de vida pueden participar todos los fieles como «miembros» (Ef. 1,23; 5,29s.). Es el amor encarnado en la historia que Dios nos ha dado gratuitamente en Cristo.

La *agapé* tiene todo un carácter eminentemente ontológico: es el *ser* «nuevo» en Cristo; viene a identificarse con la realidad misma de la salvación (Rm. 8,35-39; 1 Jn. 4,16), con el ámbito de la misma en el cual estamos, nos movemos y permanecemos (1 Co. 16,14; Ef. 3,17; 5,2; Jn. 15,9s.). Nos mantiene unidos como la «nueva creación» (2 Co. 5,14-18); nos hace pasar de extraños y forasteros a ser conciudadanos de los santos y familiares de Dios (Ef. 2,19); nos hace «hijos» (Rm. 8,16; 1 Jn. 3,1s.) y «amigos» suyos (Jn. 15,14s.), por haber venido a ser «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe. 1,4).

En su profundidad máxima la *agapé* se revela como la vida de la Trinidad que existe antes del tiempo en su inmanencia trascendente, pero que se hizo «economía» en la historia de la salvación, en el intercambio amoroso del Padre y del Hijo (Jn. 3,35; 10,17). Es un amor que abarca también a sus discípulos (Jn. 15,9; 17,23s.).

La revelación bíblica nos muestra, pues, la múltiple riqueza de matices y de proyecciones de la *agapé*: el amor desinteresado y gratuito de un Dios que no se deja ganar en generosidad; centro de cohesión de la historia. Es el amor que se proyecta primariamente hacia los hermanos y que será precisamente el elemento discriminador en el juicio (Mt. 25,31-46).¹²

ESTAR - ENAMORADO, FUENTE DE LA EXPERIENCIA RELIGIOSA

La reflexión teológica en torno al amor se ha detenido en auscultar su esencia, pero sin una comprensión muy clara de su naturaleza. Se lo entiende como un afecto (sentimiento) o como un acto de querer (psíquico) que como tendencia se dirige a un bien (un valor) o como un deseo, un anhelo. No vamos a entrar en esta determinación, sino más bien a presentar el amor como fuente de la experiencia religiosa.

Para realizar nuestra intención nos remitiremos a la posición de Bernard Lonergan respecto a la *agapé* en su propuesta metódica tan sugerente y plena de consecuencias. En la intencionalidad de la conciencia Lonergan nos indica nuestra capacidad de auto-trascendencia, en consonancia con las nociones trascendentales que son nuestras cuestiones para la inteligencia, para la reflexión y para la deliberación.¹³ En los tres primeros niveles de diferenciación de conciencia se da una autotrascendencia cognoscitiva, en el orden del conocer, no en el del hacer: desde el experimentar (primer nivel), pasando por el entender o comprender (segundo nivel) hasta el juzgar (tercer nivel). Una nueva modalidad es la auto-trascendencia moral, que ya se realiza en la acción efectiva. Estamos en el cuarto nivel, el de la deliberación, el de los juicios de valor, el de la capacidad de benevolencia, de beneficencia, de colaboración honesta y de verdadero amor. La persona se pregunta si algo es realmente bueno, si vale la pena: el valor objetivo.¹⁴

12. Para esta visión bíblica hemos acudido a WARNACH, V., *Amor. I. Sagrada Escritura*, en FRIES, HEINRICH [dir.], *Conceptos fundamentales de la teología I*, Cristiandad, Madrid, 1966, pp. 72-79.

13. Cfr., LONERGAN, BERNARD, *Método...*, p. 106 [105].

14. Cfr., LONERGAN, BERNARD, *Método...*, p. 42s. [37]; p. 106 [104s.].

La capacidad de autotranscendencia llega a ser actualidad cuando uno se enamora; cuando nuestro ser se transforma en un *estar-enamorado*, que se constituye en el primer principio, del cual toman origen nuestros deseos y temores, nuestras alegrías y tristezas, nuestro discernimiento de los valores, nuestras decisiones y nuestras realizaciones.¹⁵ Para nuestro intento este enamorarse es el punto de nuestra profundización.

Con relación a la autotranscendencia, Lonergan indica una triple conversión: intelectual, moral y religiosa.¹⁶ Estas tres conversiones son otras tantas modalidades de autotranscendencia. «La conversión intelectual es a la verdad alcanzada en la auto-transcendencia cognoscitiva. La conversión moral es a los valores percibidos, afirmados y realizados por una autotranscendencia real. La conversión religiosa es a un estado de *total enamoramiento*, como fundamento eficaz de toda autotranscendencia ya sea en la prosecución de la verdad o en la realización de los valores humanos, o en la orientación que el hombre adopta con relación al universo, a su fundamento y a su finalidad.»¹⁷

Se trata, pues, de un enamoramiento de Dios totalizante, «sin restricciones», como lo calificará Lonergan, sin límites o cualificaciones o condiciones o reservas.¹⁸ No es el producto de nuestro conocimiento y nuestra elección; ofrece «un nuevo

15. Cfr., LONERGAN, BERNARD, *Método...*, p. 106 [105].

16. Robert M. Doran en su obra *Theology and the Dialectics of History*, University of Toronto Press, Toronto-Buffalo-London, 1990, desarrolla una cuarta conversión, la conversión síquica, base para su propuesta hermenéutica de una orientación de la psicología profunda.

17. LONERGAN, BERNARD, *Método...*, p. 235 [241]. El subrayado es nuestro. Véase también *ibid.* p. 115 [114]: La expresión religiosa se moverá a través de las fases de la significación y hablará en los diferentes campos (sentido común, teoría, interioridad y trascendencia); p. 234 [240s.]; p. 236s. [242s]: aquí contrapone al estado de estar-enamorado el hecho de ser pecador como una privación el amor total y una dimensión radical de la falta de amor; p. 264 [270]; p. 106s. [105]: muestra las diversas manifestaciones del estar-enamorado; p. 271 [277s.]: orientación hacia la amabilidad trascendente; p. 281s. [289]: distingue el amor de intimidad entre esposo y esposa o entre padres; el amor de humanidad para obtener el bienestar del hombre y el amor ultramundano que excluye toda condición o reserva; p. 328s. [340s.]. Véase también LONERGAN BERNARD, *Insight. Estudio sobre la comprensión humana* = Hermeneia 37, Universidad Iberoamericana, A.C., Sígueme, México-Salamanca, 1999, pp. 757.791.802-804.

18. Cfr., *Ibidem*, p. 107 [105], 111 [109]. «De la misma manera que el preguntar sin restricciones constituye nuestra capacidad de autotranscendencia, así el estar-enamorado sin restricciones constituye la realización adecuada de esa capacidad.» (*Ibidem*, p. 107 [106]).

horizonte en el que el amor de Dios trascenderá en valor a nuestros valores y en el que los ojos de ese amor transformarán nuestro conocer».19

A su vez Lonergan lo inscribe entre los sentimientos, pero lo contrapone a los que se excitan y pasan fácilmente y a los que se inhiben represivamente y llevan una vida infeliz y subterránea. El amor es del rango de aquellos sentimientos de los que somos plenamente conscientes y que son tan profundos y fuertes que polarizan nuestra atención, configuran nuestro horizonte y dirigen nuestra vida. Sobre la base del ejemplo del amor de un hombre o una mujer que se enamora y que se empeña en amar no sólo en presencia del amado, sino en todo momento, Lonergan presenta las profundas implicaciones del «estar enamorado»: es un estado originario que constituye la fuente de todas las acciones de una persona. De esta manera el amor mutuo es el enlace de dos vidas; transforma un «yo» y un «tú» en un «nosotros» tan íntimo, seguro y permanente que cada uno vela, imagina, piensa, planea, siente, habla, actúa pensando en los dos.20

Para profundizar en la originalidad y principalidad del amor de Dios, Lonergan nos recuerda el dicho usual de que *nihil amatum nisi praecognitum* (nada es amado si no es conocido previamente) es decir, que el conocimiento precede al amor. Las operaciones del cuarto nivel de conciencia intencional presuponen y complementan las de los otros tres niveles. Anota que hay una excepción menor a la regla: cuando la gente se enamora de una manera desproporcionada a sus causas, condiciones, ocasiones, antecedentes. Pero la excepción mayor es el don gratuito del amor de Dios que inunda nuestros corazones. Porque nos encontramos en el estado dinámico de estar enamorados21, con todos sus efectos de honda alegría y paz profunda y la revelación de valores que no habíamos apreciado: de oración y adoración, de arrepentimiento y de creencia.22

19. *Ibidem*, p. 107 [106].

20. Cfr., LONERGAN, BERNARD, *Método...*, p. 38 [32s.]. Más adelante el mismo Lonergan nos va a afirmar que «antes del ‘nosotros’ que resulta del amor de un ‘yo’ y de un ‘tú’, se da un ‘nosotros’ originario que precede a la distinción de los sujetos y que persiste cuando ella se olvida. Ese ‘nosotros’ previo es vital y funcional. Así como uno levanta espontáneamente el brazo para esquivar un golpe en la cabeza, así también se lanza uno espontáneamente a impedir la caída de otro. Aunque ello implica una percepción, un sentimiento, y un movimiento del cuerpo, la ayuda dada al otro no es deliberada sino espontánea. Uno no lo advierte antes de que ocurra, sino cuando está ocurriendo. Es como si ‘nosotros’ fuéramos miembros unos de otros antes de distinguírnos unos de otros.» (p. 61 [57]).

21. Para Lonergan esta referencia a Pablo en Rm. 5,5 es realmente el fundamento de la experiencia cristiana; es el don de la gracia (cfr., *Método...*, p. 107 [105]; p. 234 [241]; p. 271 [277s.]).

22. Cfr., LONERGAN, BERNARD, *Método...*, p. 122s. [122s.]; p. 44s.[39].

A veces el desencanto nos lleva a preguntarnos si lo que estamos haciendo es valioso o no. Este hecho está mostrando los límites de cualquier realización finita en la persona que se encumbra en su ambición. La vacilación y el desencanto nos impulsan hacia la altura y la profundidad del amor y a su vez nos mantienen la conciencia de la distancia entre nuestro amor y su objetivo. La noción trascendental de bien de tal manera nos invita, nos apremia que sólo podremos hallar reposo en el encuentro con una bondad inaccesible a toda crítica.²³

Bernard Lonergan asume el testimonio de Friedrich Heiler²⁴ de una declaración explícita sobre las áreas comunes de las religiones universales. Este autor desarrolla las siguientes: «que hay una realidad trascendente; que es inmanente al corazón humano; que es la suprema belleza, verdad, rectitud y bondad; que es amor, misericordia, compasión; que el camino hacia ella es el arrepentimiento, la autonegación, la oración; que el camino es el amor al prójimo y aun a los enemigos; que el camino es el amor a Dios, en forma tal que la bienaventuranza es concebida como conocimiento de Dios, unión con él o disolución en él».²⁵

El comentario inmediato de Lonergan va en la línea de mostrar que no ofrece dificultad el ver que esos rasgos comunes se hayan implícitos en la experiencia de *estar-enamorado* sin restricciones. Esta remite a Alguien trascendente, que es mi amado y está en mi corazón, en mi propia interioridad. Es supremo en inteligencia, verdad y bondad, porque colma mi esfuerzo irrestricto por autotranscenderme a través de la inteligencia, la verdad y la responsabilidad. Él mismo debe ser amor, pues elige venir a mí por medio de un don de amor a Él. Amarlo a Él es trascenderme a mí mismo; por este motivo ese amor es también la negación del yo que ha de ser trascendido. Amarlo es prestarle atención amorosa; por eso mismo ese amor es oración, meditación, contemplación. Es un amor fecundo que se desborda en amor a todos los que Él ama o puede amar. De una experiencia de amor centrada en el misterio brota un anhelo de conocimiento y de unión de amor. Así para el amante del amado desconocido, ser feliz es conocerlo y unirse a Él, cualquiera que sea la forma de alcanzar ese conocimiento y unión.²⁶

23. Cfr., LONERGAN, BERNARD, *Método...*, p. 42 [36].

24. En *The History of Religions as a Preparation for the Cooperation of Religions*, en *The History of Religions*, o. c., 142-153. Citado por LONERGAN, BERNARD, *Método...*, p. 110 [109].

25. LONERGAN, l. cit.

26. Cfr., LONERGAN, BERNARD, *Método*, p. 110 [109]: El don que Dios hace de su amor tiene un aspecto transcultural: se ofrece a todos los hombres; se manifiesta de manera más o menos auténtica en las múltiples y diversas religiones de la humanidad; es apprehendido de maneras tan diferentes

Ya se comprende bien la definición que Lonergan nos ofrece de *fe*, como el conocimiento nacido del amor religioso. Además del conocimiento fáctico, obtenido por el experimentar, entender y verificar, existe otro conocimiento que se obtiene por el discernimiento del valor y los juicios de valor de una persona enamorada. Lo primero es, pues, el amor de Dios que inunda nuestros corazones; después se da el conocimiento de la fe. Se aprehende el valor trascendente, que se añade a la aprehensión de los valores vitales, sociales, culturales y personales. Es la experiencia de la realización de nuestro impulso sin restricciones hacia la autotranscendencia y es la actuación de nuestra orientación hacia el misterio de amor y temor. Es una revelación oscura (nublada) de la inteligencia o inteligibilidad absoluta, de la absoluta verdad y realidad, de la absoluta bondad y santidad. La pregunta por Dios no es primariamente sobre su existencia o naturaleza, sino una pregunta de decisión: amor de correspondencia o rechazo; vivir el don de su amor o desecharlo; conocer a Dios o escapar de Él.²⁷

La existencia cristiana comprendida y asumida en términos de amor irrestricto puede ser auténtica o inauténtica o una mezcla de las dos. Y lo peor es que lo que parece auténtico a un cristiano inauténtico es precisamente lo inauténtico. Aquí es donde radican las oposiciones, controversias, denuncias, amargas, odios y violencias. Esta es la base para la especialización funcional de la dialéctica.²⁸

La alternativa de autenticidad o inautenticidad se relaciona con la de progreso y decadencia en el individuo y en la sociedad. El progreso es consecuencia de la autenticidad y la decadencia, de la inautenticidad. Aquí en esta dialéctica de autenticidad-inautenticidad, progreso-decadencia es donde se comprende la

cuantas culturas existen. Es el don que Dios hace libremente: no está condicionado por el conocimiento humano, sino que más bien es la causa que impulsa a los hombres a buscar el conocimiento de Dios; es el principio que introduce en cualquier cultura la dimensión transmundana. Con todo no se niega que este don de Dios tenga su contrapartida en los acontecimientos de la revelación a través de los cuales Dios manifiesta la plenitud de su amor a un pueblo determinado o a la humanidad entera (cfr., *ibid.* p. 275s [282s.]).

27. Cfr., *Ibidem*, p. 116s. [115s.]. Es una confirmación de que la vivencia teologal cristiana en fe, esperanza y amor es una totalidad englobante. En p.114s. [112-114] motiva la importancia de la palabra externa en su papel constitutivo del enamoramiento; en esta línea comprende la palabra de la tradición, la palabra de confraternidad y la del Evangelio que anuncia que Dios nos amó primero y que en la plenitud de los tiempos nos reveló ese amor en Cristo crucificado, muerto y resucitado. Esta palabra externa es personal, social e histórica; en p. 117 [116s.] muestra cómo la fe pone todos los demás valores a la luz y a la sombra del valor trascendente.

28. Cfr., *Ibidem*, p. 283 [291].

presencia de una religión que promueve la autotranscendencia en una amor que se sacrifica a sí mismo, que es redentor de la sociedad humana en el deshacer el daño de la decadencia y restaurar el proceso acumulativo del progreso.²⁹

El amor autosacrificado es un amor que no retrocede ante la abnegación y el sufrimiento y es el medio por excelencia para vencer el mal. Aludiendo a Rm. 12,21 Lonergan nos indica que los cristianos realizamos el Reino de Dios en el mundo no sólo haciendo el bien, sino también venciendo el mal con el bien. El progreso y el desarrollo que se dan en el interior de la humanidad, existen también en el interior del cristianismo, en el cual existe también el problema de superar y deshacer la correlativa decadencia.³⁰

La fe y el ojo del amor nos hacen reconocer a un Dios que garantiza a los hombres su libertad, que nos quiere como interlocutores personales y no como autómatas o marionetas, que nos llama a una autenticidad más elevada. Son una fe y un amor que se vinculan al proyecto humano y deben afrontar el desafío de la decadencia humana. *La fe y el progreso humano* tienen una raíz común en la autotranscendencia cognoscitiva y moral de la persona humana y por eso promover la una es promover el otro. La fe pone los esfuerzos humanos en construir un universo fraternal; revela la significación última de la realización humana; fortifica las nuevas empresas con la confianza; el *progreso* realiza las potencialidades del hombre y de la naturaleza; revela que el hombre existe para llevar a cabo una realización siempre más plena en este mundo, que es bien del hombre y gloria de Dios. Al confrontar *fe y decadencia*, Lonergan nos hace conscientes de que aquélla tiene el poder de deshacer la decadencia con todo lo que implica de ideologías conflictivas, de presiones sociales y económicas con sus determinismos, abusos y absurdos alimentadores de resentimiento, odio, ira, violencia. Es la esperanza religiosa la que da el dinamismo para resistir las presiones de la decadencia social. Es la caridad religiosa (la del siervo paciente, el amor que se autosacrifica) la que reemplaza la tendencia a poseer y el orgullo humanos y va aquietando las pasiones y reconociendo y suprimiendo las injusticias. Los hombres y mujeres deben reconocer la alienación de su pecado y enmendar sus caminos; tienen que aprender con humildad que el desarrollo religioso es dialéctico, que la tarea del arrepentimiento y de la conversión duran toda la vida.³¹

29. Cfr., LONERGAN, BERNARD, *Método...*, p. 60 [55].

30. Cfr., *Ibidem*, p. 283 [291].

31. Cfr., *Ibidem*, p. 118 [117s.].

La Iglesia, nos indica Lonergan, es un proceso redentor que debe realizarse en ella misma y en la sociedad humana en general; en ambas tomadas como un todo y en cada una de sus partes. En ese proceso el mensaje cristiano, encarnado en Cristo azotado y crucificado, muerto y resucitado nos habla del amor de Dios, pero también del pecado del hombre. Este como alienación de la autotranscendencia y la ideología destruyen la comunidad; el amor sacrificado que es la caridad cristiana reconcilia al hombre alienado con su verdadero ser.³²

HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE LA «CIVILIZACIÓN DEL AMOR» (AGAPÉ)

A medida que ha ido progresando nuestra reflexión hemos sentido con mayor urgencia el llamado a los hombres y mujeres de hoy a construir la «civilización del amor (*agapé*)»³³, desde donde estemos viviendo específicamente nuestra misión.

La riqueza de la *agapé* revelada presente significativamente en todas las páginas de la Escritura Santa y la propuesta totalizante de la reflexión lonerganiana nos motivan a asumir la tarea de construcción amorosa en un mundo de múltiple *anomía*, valga decir de inautenticidad y decadencia en medio de esfuerzos dicentes y positivos por la autenticidad y el progreso.

El papa Pablo VI, en el discurso pronunciado el 10 de septiembre de 1965 con motivo de la apertura de la cuarta y última sesión del Concilio Vaticano II³⁴, situó su propuesta en torno al tema del amor, como cifra del Concilio. Éste es presentado como un acto de amor a Dios, a la Iglesia y a la humanidad.³⁵ Y en su alocución *El valor religioso del Concilio*, el 7 de diciembre de 1965, en la Basílica Vaticana, durante la sesión pública con que se clausuró el Concilio Ecuménico Vaticano II³⁶

32. Cfr., LONERGAN, BERNARD, *Método...*, p. 349 [364].

33. En esta situación de violencia y de muerte en que está sumida nuestra querida nación colombiana hemos de vibrar aún más con esta labor constructiva de *agapé*.

34. El texto del discurso «El amor cifra del Concilio» se encuentra en CONCILIO VATICANO II. *Constituciones. Decretos. Declaraciones. Documentos pontificios complementarios* = BAC 252, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1965, pp. 796-804.

35. «El Concilio, en efecto, pasa a la historia del mundo contemporáneo como la más alta, la más clara y la más humana afirmación de una religión sublime, no inventada por los hombres, sino revelada por Dios y que consiste en la relación supraelevante de amor que El, el Padre infalible, mediante Cristo, hijo suyo y hermano nuestro, ha establecido en el Espíritu vivificante, con la humanidad.» (PABLO VI, «El amor cifra...», No. 11).

36. Cfr., CONCILIO VATICANO II, *Const., Decr., Declarac.* pp. 813-819.

en el hombre de hoy tal cual es, destinatario de la labor conciliar y miembro de una Iglesia para la humanidad. Termina exhortando a amar al hombre para amar a Dios: «¿Estaría destinado entonces este Concilio, que ha dedicado al hombre principalmente su estudiosa atención, a proponer de nuevo al mundo moderno la escala de las liberadoras y consoladoras ascensiones? ¿No sería, en definitiva, un simple, nuevo y solemne enseñar a amar al hombre para amar a Dios? Amar al hombre –decimos–, no como instrumento, sino como primer término hacia el supremo término trascendente, principio y razón de todo amor, y entonces este Concilio entero se reduce a su definitivo significado religioso, no siendo otra cosa que una potente y amistosa invitación a la humanidad de hoy a encontrar de nuevo, por la vía del amor fraterno, a aquel Dios ‘de quien alejarse es caer, a quien dirigirse es levantarse, en quien permanecer es estar firmes, a quien volver es renacer, en quien habitar es vivir’.» (San Agustín, *Solid. I i,3: PL 32,870*)³⁷

Considero que las palabras pontificias citadas son claras y programáticas para la vida de la Iglesia en estos tiempos. No han perdido su actualidad. La vivencia del amor que nos propone el Papa Juan Pablo II a finales del segundo milenio y en línea con sus énfasis primordiales va en la misma dirección. No hace falta que abundemos en este sentido tan neotestamentario de la inseparabilidad entre el amor a Dios y al hombre, nuestro hermano, nuestro «próximo».

El magisterio postconciliar latinoamericano también se ha expresado hasta la saciedad sobre la vivencia del amor. Sobrepasaría nuestro propósito el dar cuenta de estos múltiples pronunciamientos.

Encontramos un subtítulo del *Mensaje* de los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla de los Ángeles en 1979 para la III Conferencia General que dice: *Los hombres de buena voluntad y la civilización del amor*.³⁸ Queremos resaltar las líneas de lo que es la «civilización del amor» y así finalizar programáticamente la propuesta del empeño por construir la *agapé* en contra de la *anomia* imperante en los diferentes sectores de la sociedad y de la Iglesia, con incidencia especial en este «Continente de la esperanza» tan necesitado de auténtica *agapé*.

37. PABLO VI, *El valor*, No. 17.

38. Cfr., «Mensaje a los pueblos de América Latina», en CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO I, III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Puebla. La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina, CELAM, Ponce (Puerto Rico) 1979, p. 51s. [No. 8].

La «civilización del amor» se inspira en la palabra, en la vida y en la donación plena de Cristo y se basa en la justicia, la verdad y la libertad. Así es respuesta a la deseada paz interior y social, en el ámbito de las personas, de las familias, de los países, de los continentes y del universo entero. Es una apertura englobante. El mandamiento del amor cristiano sobrepasa las categorías de todos los regímenes y sistemas, ya que detrás de él está la fuerza insuperable del misterio pascual. Produce la felicidad de la comunión e inspira los criterios de la participación.

La «civilización del amor» que se confunde con la fuerza de Cristo repudia de una vez la violencia, el egoísmo, el derroche, la explotación. Propone a todos la riqueza evangélica de la reconciliación hasta el sublime gesto del perdón. Exige mucho de renuncia y solidaridad para el correcto equilibrio de las relaciones humanas, especialmente frente al fenómeno común de los *repatriados*.

La «civilización del amor» no admite divisiones y muros de separación; defiende la integración de toda América Latina para apreciar y profundizar los elementos de valor continental, por encima de fronteras nacionales; repele la sujeción y dependencia que perjudican la dignidad del continente; pide un inmenso respeto de nuestras culturas, de nuestros principios y de todo lo que nos pertenece como naciones libres y soberanas y no acepta todo lo que atente contra la paz.

No omitamos la afirmación de que esta América Latina nuestra requiere una liberación integral especialmente de los marginados, de las víctimas de la violencia, de los desplazados e injustamente maltratados, de las víctimas de una pobreza absoluta en historias con rostros muy concretos. Debe cesar el clamor amenazante de los pobres y desplazados y desaparecer la brecha creciente entre ricos y pobres. ¡En el aquí y ahora de nuestros pueblos sí que es necesaria la lucha contra tanta anomía injusta! Que saquemos con serenidad todas las consecuencias de nuestra experiencia religiosa fundada sobre la base de un *estar-enamorados* sin ninguna restricción y reserva.